

Christopher Lasch y su interpretación de la relación minoría-masa

Introducción de Jaime de Salas

ORCID: 0000-0002-7116-4091

Christopher Lasch (1932-1995), comentarista de la vida pública de Estados Unidos dejó un libro póstumo *La rebelión de las élites y la traición a la democracia*¹, donde una lectura de *La rebelión de las masas* juega un papel central. No es propiamente un escrito académico, pero tampoco se puede decir que es un trabajo de divulgación destinada para el gran público. La tirada de *The New Republic* en el periodo de la obra de Lasch ascendía a 100.000 ejemplares por el entonces número semanal, lo que implica una revista para minorías en Estados Unidos. Allí Lasch originariamente publicó partes de esta obra, que luego editó su hija tras su muerte. Curiosamente *La rebelión de las élites...* aparece en la casa Norton, que fue muy importante en la introducción de la obra de Ortega, y concretamente *La rebelión de las masas*, en Estados Unidos.

Este texto es fundamental en la argumentación que Lasch sigue en la obra. Corresponde a un autor que utiliza a Ortega para hacer un diagnóstico de su momento en Estados Unidos sin pretender un conocimiento del contexto español o europeo en el que este escribió más de 60 años antes. Tampoco se apoya en la antropología y metafísica que apuntala el análisis del pensador español. Pero la afinidad de los dos autores se encuentra en su condición de intelectuales, de pensadores de la cosa pública que coinciden en la convicción de que detrás de la vida política se dan cuestiones más profundas relativas a la forma en que una sociedad vive su propia cultura. Ambos piensan en la importancia de lograr un consenso con otros sobre la situación de la propia cultura. Y también coinciden en la convicción de que, el malestar en lo que respecta a la cultura se traduce en decisiones políticas. Finalmente, para los dos autores la situación que se describe con el término “rebelión” es “coyuntural”, es decir, propia de un momento de la historia al que la sociedad ha llegado. Por ello, hay un esfuerzo por entender históricamente el fenómeno, resaltando cómo unos nuevos hechos han dado como resultado la situación en la que la sociedad se encuentra en el

¹ Christopher LASCH, *The Revolt of the Elites and the Betrayal of Democracy*. New York: Norton, 1995.

Cómo citar este artículo:

De Salas Ortueta, J. (2021). Christopher Lasch y su interpretación de la relación minoría-masa. *Revista de Estudios Orteguianos*, (42), 167-175.
<https://doi.org/10.63487/reo.138>

Revista de
 Estudios Orteguianos
 N° 42. 2021
 mayo-octubre



Este contenido se publica bajo licencia Creative Commons Reconocimiento - Licencia no comercial - Sin obra derivada. Licencia internacional CC BY-NC-ND 4.0

momento. En principio, se pretende recuperar una comunicación fluida entre estos dos grupos. También se puede establecer una cierta relación entre el narcisismo de *La cultura del narcisismo*² de Lasch y el hombre-masa cuya disección emprende Ortega, pero es un tema que nos aleja de nuestra tesis principal.

Desde el punto de vista de la *Revista de Estudios Orteguianos*, la recuperación académica de la obra de Ortega requiere el conocimiento histórico del momento en que se escribió. Pero además su obra sigue siendo relevante en la medida en que los miembros de generaciones posteriores encontremos en ella la manera de hacer un diagnóstico del propio momento histórico. Una de las tareas del epígrafe *Clásicos sobre Ortega*, es justamente recordar la manera en que el pensamiento de Ortega se ha aplicado a contextos distintos. Ello significa que la recepción de su pensamiento es inevitablemente “abstracta” por comparación a la formulación inicial de su autor, y se apoya solo en unos elementos de su pensamiento que permiten encarar la coyuntura del momento que se está analizando, dejando aparte otras consideraciones que históricamente pueden ser relevantes. La historia de las ideas se caracteriza por estas incomprensiones y anacronismos que al tiempo pueden resultar muy fecundos. En el caso de Lasch, la recepción de Ortega se hace al tiempo que apela a otros autores poco cercanos a Ortega, como Freud o Marx. Lo fundamental es que *La rebelión de las masas* y el pensamiento de Ortega en general ha deparado modelos que se puede aplicar a muchas situaciones históricas distintas. Teniendo esto en cuenta, no es realmente importante la distancia en que Lasch se encuentra de Ortega, sino lo que podemos aprender de la comparación de las dos obras.

Se puede entender que el diagnóstico de Lasch del Estados Unidos de los años ochenta y noventa del siglo pasado, se contrapone al que hace Ortega. Para el pensador estadounidense, por un lado, habría una minoría –élite–, que no se distinguiría por su voluntad altruista de buscar lo mejor para la sociedad, ni por una voluntad de superación sino por su adscripción a causas “menores” como la higiene. No albergan la idea clásica de una revolución social sino mantienen causas independientes entre sí, como “el feminismo, derechos de los homosexuales, derechos de bienestar, agitación contra la discriminación racial”. Por otro lado, frente a las élites, se da una clase social modesta que para nada piensa en una revolución colectivista sino que se retrae de innovaciones que les parecen irrelevantes para el conjunto de la sociedad y que la élite les propone.

En los Estados Unidos, la “América media” –término con implicaciones tanto geográficas como sociales– ha llegado a simbolizar todo lo que obstaculiza el camino del progreso: los “valores familiares”, el patriotismo irreflexivo,

² Christopher LASCH, *The Culture of Narcissism: American Life in an Age of Diminishing Expectations*. New York: Norton, 1979.

el fundamentalismo religioso, el racismo, la homofobia, la concepción retrógrada de la mujer... Para los creadores de opinión ilustrada, los americanos medios son irremediabilmente desharrapados, anticuados, provincianos, están mal informados sobre los cambios de los gustos y las tendencias intelectuales, son adictos a pésimas novelas de amor y aventuras y están atontados por una prologada exposición a la televisión.

De ahí que frente a la idea de una minoría que introduce, y representa los ideales de una sociedad, aquí se da una verdadera lucha de clases cercana a la marxista.

En este sentido el comentario que propongo en primer lugar se cuestionará lo que son las élites para Lasch y para Ortega. En segundo lugar, comentaré el punto de llegada de este análisis, la situación de normalidad que sería deseable recuperar frente a la rebelión de la que los dos autores se hacen eco.

1.- Independientemente del uso de los términos, hay un problema común que los dos textos plantean: el de la decadencia de una sociedad. Quizá sería mejor matizar diciendo “la percepción de decadencia” de una sociedad. A lo largo de los últimos seis siglos a la par de la lucha entre naciones en Occidente en favor de la hegemonía, ha habido un cuestionamiento propio de la derrota o fracaso de naciones, y, a partir del siglo XX, sobre todo con Spengler, de la propia cultura occidental, la pregunta por las causas y posibles remedios de aquella. En realidad, es un tema que ha acompañado la reflexión histórica desde el comienzo de la existencia de vida intelectual con las consideraciones sobre la decadencia de la ciudad-estado de Grecia y del Imperio Romano.

Lasch puede usar la terminología de Ortega y hablar de “rebelión” desde la percepción de que la sociedad es un ámbito donde unos mandan y otros siguen. En Ortega, lo esencial es la tesis de una sociedad plural donde en cada ámbito social se ejercería una autoridad que permite su propio desarrollo y mantenimiento. Es una relación que implica un dinamismo interno a una sociedad, dinamismo independiente, pero anterior y englobante de las acciones concretas de los individuos. La actividad social no solo surge como respuesta a las situaciones concretas, sino movida por una voluntad de llegar a lo mejor o de imitar a los mejores. Pero para que este dinamismo se dé, es necesaria una disposición previa de los unos, y de los otros, de los que mandan y de los que obedecen. Se trata del mando que en puridad no implica el ejercicio de la fuerza, sino la presencia de “ideas, preferencias, aspiraciones, propósitos” que caracterizan una sociedad³. La rebelión de las masas apunta a la falta de docilidad, el particula-

³ José ORTEGA Y GASSET, *La rebelión de las masas, Obras completas*, 10 vols. Madrid: Fundación José Ortega y Gasset / Taurus, 2004-2010, tomo IV, p. 457. En adelante, se citarán las referencias a esta edición de las *Obras completas* de Ortega indicando el título de la obra, el tomo en números romanos y las páginas en arábigos.

rismo, el egoísmo de quienes tendrían que mostrar atención y respeto, mientras que la rebelión de las élites significa también el egoísmo, y la renuncia al esfuerzo y a la ejemplaridad que el mando exige.

De hecho, Ortega también utiliza en algunos textos la expresión de desertión de las minorías que viene a coincidir con lo que mantiene Lasch, y si pensamos en situaciones históricas concretas vemos que cuenta tanto el acierto de los unos como la confianza en la confianza en la autoridad de los otros. “Tal ha sido la desertión de las minorías directoras, que se halla siempre al reverso de la rebelión de las masas”⁴. La falta de entendimiento, la descoordinación social puede deberse tanto a lo uno, a lo otro o, incluso, a las dos causas. Lo principal es que masa y minorías o élites trabajan en una acción común que sería central para la vida de la sociedad.

Donde comienzan las divergencias se encuentra en la conceptualización de aquello que caracteriza las élites o las minorías. Hay que advertir que el concepto de minoría o de élite queda necesariamente poco definido en los dos autores. Pero, veremos que incluso llega a cubrir la totalidad de la vida social y según los autores hay unas dimensiones u otras que se consideran como las más importantes. Partiremos de que los dos términos, masa y élite, coinciden, aunque en la práctica de los distintos autores no sea así.

Podemos observar distintas dimensiones de este término:

A.- Por miembro de una élite, se entiende el perteneciente a un grupo de personas que destacan por sus funciones en una sociedad determinada. El mero hecho de que formen un grupo es importante. Por ello pueden lograr mayor eficacia en su acción de varias maneras: El grupo asegura que haya una cultura de la excelencia que se puede mantener por transmisión inter-generacional; los miembros de la élite conocen y estimulan la excelencia de sus miembros y permiten que la sociedad entera reconozca la oportunidad de lo que enseñan. Desde el punto de vista de Ortega –y entiendo que Lasch coincidiría–, las minorías pueden apoyar distintas formas de renovación de una sociedad o, por el contrario –aunque es una dimensión que no le interesa a Ortega–, garantizar su continuidad apoyando determinadas virtudes o incluso actividades. A ello se debe añadir el que existe una dinámica interna de grupo por la que se establece un dialogo entre sus componentes que valoran críticamente las distintas aportaciones.

En el caso de Ortega, la minoría es un ámbito en el que él mismo se encontraba y, por ello, la reivindicación teórica que se encuentra en su obra es una forma de racionalizar la propia experiencia. En este sentido, “el tema de nuestro tiempo” apunta al programa de las minorías pensantes europeas del momento, por ejemplo. Análogamente, *Meditaciones del Quijote* es el trasunto te-

⁴ *Ibidem*, 399.

órico de la *Liga de Educación Política Española*, que se creó en 1914, año en el que Ortega publicó su primera obra. Experimentó desde dentro la realidad social de la minoría en un contexto muy concreto y tenía por ello su propia experiencia como referente. En el caso de Lasch a lo largo de su trayectoria se puede reconocer la importancia de las diferentes iniciativas de revistas que apunta a una conciencia de la importancia de la opinión especializada.

B.- En segundo lugar, el miembro de una élite se caracteriza por la excelencia, entendiendo por tal, la destreza en el ejercicio de la propia profesión o de una manera más general, de la virtud. Esta variable es fundamental en la medida en que la sociedad ideal es meritocrática con una economía de mercado, y en una política democrática donde los individuos dan su propia talla. No habría solo división del trabajo social, sino dentro de cada profesión u ámbito consolidado de la sociedad, habría profesionales que atribuyen suficiencia e incluso excelencia a quienes formen parte de la élite o de la minoría. Es la dimensión aristocrática y a la vez meritocrática propia de la sociedad que surge a partir del siglo XIX. De todas formas, hay antecedentes en la *noblesse de robe* en el caso de la Francia de Luis XIV.

C.- Las élites se pueden distinguir por su capacidad de desinterés y compromiso con el bien común. Ello puede desembocar en la voluntad de innovación por motivos altruistas como era el caso de Ortega. Por su parte, Lasch parece más preocupado por la ausencia de los mejores en la sociedad en un momento de globalización.

Una minoría tiene un legítimo interés en defender la excelencia de su profesión, pero ello, en el planteamiento de nuestros autores, no puede comprometer el bien común. Mientras que la excelencia de las élites contribuye a dicho bien común no hay problema, pero son frecuentes situaciones donde el interés del grupo se afirma en contra del interés general. Esto sería el particularismo que Ortega describe en *España invertebrada*. En la argumentación de Ortega la minoría destacaría frente a quienes se desentienden del bien común⁵.

En el planteamiento de Ortega se reconoce el hecho de la elasticidad social, entendida como la disposición por la que cada parte de la sociedad vive no sólo su perspectiva propia sino con una representación del conjunto con el que está conectado. Determina que el bien común se logra gracias a la convivencia de las partes y voluntad de cada parte de la sociedad a sacrificarse para el resto, cuando las circunstancias así lo exigen.

D.- Pertenecer a una élite o minoría es ser titular de facultades excepcionales con respecto a los demás ciudadanos, facultades reconocidas convencional o jurídicamente. Pero también, y esto estaría en acorde con lo que pensaban

⁵ José ORTEGA Y GASSET, *El Espectador IV*, II, 459-460.

nuestros dos autores, como sencillamente la excelencia que se ha destacado en el apartado anterior. En este sentido, las minorías y las élites son propagadoras de la excelencia. Esta no se limita a la acción de individuos, sino que se extiende a todas las acciones sociales donde la excelencia se transmite y se mantiene. Así, si es importante el acierto de los políticos, también lo es el del nivel de la sociedad y ello se va a transparentar en la calidad general de esta. Una lectura política de las dos primeras partes de *Meditaciones del Quijote* es en principio lo más acertado atendiendo a la obra de Ortega en general, pero la idea del perfeccionamiento de la perspectiva tiene también desarrollos que rebasan el comportamiento de los políticos, y así, se da excelencia en la medicina, en la empresa, en el magisterio, en todos los ámbitos de la vida, en la medida en que se logra para uno mismo y para quienes son los interlocutores de uno, un nivel de excelencia en el comportamiento social.

Así, el espectro de los valores que se comunican socialmente es muy amplio, sobre todo desde el punto de vista de Ortega. La realidad de una sociedad es la permanente comunicación entre sus miembros donde los conceptos de valor, excelencia o virtud se afirman y se flexionan de muchas maneras. Por ello, el carácter superior o egregio de una minoría no tiene porque encontrarse supereditado a unas clases especiales ya establecidas. Incluso se puede dar en ámbitos, por otra parte, relativamente modestos, pero, no obstante, transmitirse efectivamente. Por ello, las minorías y de las élites tienen como misión estar presente en la vida social, y de alguna manera contribuir a vertebrar la misma sociedad: de manera visible por ejemplo en el juego político, pero también de manera implícita, por ejemplo, en la dirección que las personas asumen por el bien de sus familias.

En principio, ninguna de las dimensiones de la minoría que se han expuesto, son excluyentes entre sí; pero si nos atenemos a las posiciones de los autores que comentamos, la relación que se puede establecer entre cada una de ellas es muy distinta. En el caso de Ortega, hay un interés por entender que la minoría selecta no incluye automáticamente a personas en función de posición social o de su dinero. La reivindicación de Ortega no es, por tanto, una reivindicación de clase sino ante todo de excelencia. Incluso la visión del pensador español, en general, es crítica con las élites clásicas españolas y por el contrario su posición en lo que respecta a la sociedad ideal sería esencialmente meritocrática⁶.

⁶ La crítica de la nobleza española es una constante de su obra. Aparece claramente en *España invertebrada* (III, 475) donde la situación española es caracterizada por la ausencia de los mejores, y se encuentra en la obra tardía, por ejemplo, en "Goya" (José ORTEGA Y GASSET, *Papeles sobre Velázquez y Goya*, VI, 758). En el caso de Lasch, las élites no son residuales sino más bien son el producto de transformaciones sociales que culminan en una situación insatisfactoria del momento.

En cambio, Lasch asume la posición de Young en su revolucionario libro *The Rise of Meritocracy*⁷, en la medida en que entiende que la meritocracia puede llegar a debilitar la sociedad, creando una disfunción entre los dotados y los que no lo son, y reforzar aquellos a los que el *status quo* favorece. Por el contrario, las élites en los escritos del autor norteamericano, quedan, ante todo, caracterizados por su condición de titular de facultades excepcionales, reconocidos convencional o jurídicamente. Es decir, son élites de dinero. La rebelión y posterior deserción implicaría la ausencia de ejemplaridad, e incluso la renuncia a desarrollar un papel vertebrador en la sociedad.

2.- ¿En que consiste la situación de normalidad a la que se debería llegar y que la revolución de las masas o de las élites estaría impidiendo? En este punto, la lectura de sus situaciones es muy distinta en las dos obras. Lasch quiere recuperar un régimen de igualdades, de clase media que ejerce sus posibilidades cívicas, y que se encuentra deteriorada por el mismo juego de mercado o por la excesiva intervención del Estado, mientras que Ortega pretende lograr que la sociedad siga siendo innovadora en el campo cultural gracias a la acción de las élites. *La rebelión de las masas* atiende sobre todo a la eventualidad de un colectivismo en el que la desembocaría acción de la masa y de quienes la guíen. Y es cierto que, si nos atenemos a ese momento, pensando en Italia, y Rusia, pero también en alguna medida en Hungría, Portugal, y otros países, el colectivismo aparece como una posibilidad clara. Por ello, “El mayor peligro, el Estado” según el título del último capítulo de la primera parte. En cambio, el punto de referencia de Lasch es la restauración de unas vigencias que ya han tenido recorrido en la experiencia colectiva de Estados Unidos.

Desde este punto de vista, siendo trabajos que se realizan desde una óptica histórica muy acusada, atendiendo a la situación que sobreviene a una sociedad en un momento dado, la experiencia de la que se parte es muy diferente en cada caso. No hay en el caso de Ortega unos antecedentes en la historia política de España a las que pueda remitir. Tampoco encontramos una edad de oro en otro país europeo que resulte relevante⁸, aunque sí se da una valoración muy positiva en lo que respecta a los distintos logros culturales de Occidente. La idea predominante en su obra es que la Europa de los años veinte vive una coyuntura nueva e inesperada que supone una revolución en la manera en que la sociedad se ve a sí misma y a ella tiene que responder la acción decidida e innovadora de las élites. Se abre en su segunda parte a la posibilidad de que

⁷ Michael YOUNG, *The Rise of the Meritocracy*. New York: Routledge and Kegan Paul, 2017.

⁸ Ciertamente que en *España invertebrada* se achacan las limitaciones de España frente a otros países como Francia a la ausencia de minorías dominantes (José ORTEGA Y GASSET, *España invertebrada*, III, 495 y ss).

estas élites podrán trabajar desde el contexto de formas de unificación europea trascendiendo los límites de los estados nacionales.

En cambio, en el texto de Lasch se encuentra un recuerdo de una situación social que sería deseable recuperar en algunos aspectos. Quiere “rescatar el pasado como algo vivo”⁹. La experiencia histórica de Estados Unidos es comprendida por este en muchos sentidos como positiva: una de las más antiguas constituciones en Occidente, un país igualitario en cuanto a igualdad ante la ley, un lugar de acogida de emigración que permite una nueva vida, y del empoderamiento del ciudadano medio como quien ejerce su autonomía en la sociedad. Habría una historia con muchos episodios memorables como la presidencia de Lincoln o de Roosevelt. Y, sobre todo, en su obra se puede discernir la huella del sentido de la democracia de Jefferson que tiende a reconocer la autonomía de los estados y la resistencia a la hegemonía de Washington. Frente a estos antecedentes le preocupa a Lasch, el deterioro que observa en la educación y en el debate público, o la restricción de la iniciativa ciudadana. Por ejemplo, no quiere que se pierda la tradición de Estados Unidos de debate público. En suma, pretende recuperar o, mejor, evitar la pérdida completa de una herencia valiosa, ante las tensiones que el mismo desarrollo del mercado y del Estado significa. Estas dos últimas instituciones, siendo fundamentales para una sociedad democrática, pueden en su crecimiento acabar por subvertirla. En última instancia, hay una idealización de aspectos de la cultura norteamericana que permitían a los ciudadanos verse como autónomos en su acción cívica. En compensación, la caracterización ética de Ortega del hombre egregio corresponde a un *desiderátum* que solo parcialmente se puede rastrear en las páginas de Lasch. Hay que remitirse a otras obras de Lasch sin que en ellas logre la nitidez de las formulaciones del pensador madrileño en la primera parte de *La rebelión de las masas* e, incluso entonces, se defenderán los valores de funcionamiento de una democracia de base, e incluso de la familia, más que el ejemplo y la creatividad del individuo egregio¹⁰.

Tanto la conclusión de Lasch como la de Ortega apuntan a una fragilidad inherente en un sistema que pretende ser a la vez democrático y liberal. La di-

⁹ Eric MILLER, *Hope in a scattering Time. A Life of Christopher Lasch*. Grand Rapids: Michigan, 2010, p. 321.

¹⁰ En su muy interesante biografía sobre Lasch, Eric Miller hace el comentario de que su metodología naturalista se ajustaba poco al contenido “personalista” que en última instancia quiere defender con su obra (*Ibidem*, pp. 192, 304 y 348). El carácter ensayístico de su trabajo le permite a Miller entender que logra ofrecer a sus lectores “the kind of discriminating, learned observation that might offer a way beyond the present” sin buscar una fundamentación última (*Ibidem*, p. 201). Y en este sentido, la preocupación de Ortega por dicha fundamentación de las humanidades y ciencias sociales en una antropología filosófica adquiere sentido por oposición a Lasch (*Ibidem*, p. 303).

ferencia entre ellos en parte se resuelve a diferencias en situaciones históricas: la experiencia de los años veinte europeos y la de los años noventa en Estados Unidos. Habría la experiencia de novedad en Ortega frente a la experiencia de subversión de la cultura colectiva en Lasch¹¹. En un caso el pensador se enfrenta con algo nuevo mientras que en el otro, la cultura que se ha tenido, tendría que ser suficiente aunque requiera un esfuerzo de actualización; y, por ello, finalmente se contaría con la presencia o ausencia de experiencias colectivas validas de adaptación a la modernidad; En cualquier caso, la situación normal que la noción de “rebelión” pone en juego, sería la comunicación y vigencia de valores en las dos sociedades.

¹¹ En este sentido, el texto que continua la línea abierta por la primera parte de *La Rebelión de las Masas* es *En torno a Galileo* con la noción de crisis expuesta en el capítulo VI de dicha obra. Se puede relacionar estas posiciones de Ortega con la obra de Hartmut Rosa, defendiendo el carácter alienante de la misma aceleración de los procesos históricos y del cambio social.

Christopher Lasch

La rebelión de las élites

[Fragmento]

Hubo una época en que se sostuvo que la “rebelión de las masas” amenazaba el orden social y las tradiciones civilizadoras de la cultura occidental. Pero en nuestra época la principal amenaza no parece proceder de las masas sino de los que se encuentran en la cúspide de la jerarquía social. Este notable cambio de rumbo confunde nuestras expectativas sobre el curso de la historia y pone en cuestión suposiciones aceptadas desde hace mucho tiempo.

Cuando José Ortega y Gasset publicó *La rebelión de las masas*, traducido al inglés por primera vez en 1932, no pudo prever una época en la que sería más adecuado hablar de una rebelión de las élites. Escribiendo en la era de la Revolución bolchevique y el ascenso del fascismo y bajo los efectos de una guerra cataclísmica que había desgarrado Europa, Ortega atribuyó la crisis de la cultura occidental al “dominio político de las masas”. Hoy, sin embargo, son las élites –las que controlan el flujo internacional de dinero e información, presiden fundaciones filantrópicas e instituciones de enseñanza superior, manejan los instrumentos de la producción cultural y establecen de ese modo los términos del debate público– las que han perdido la fe en los valores, lo que queda de ellos, de Occidente. Actualmente, para muchas personas el término “civilización occidental” evoca un sistema organizado de dominio diseñado para imponer la conformidad con los valores burgueses y mantener a las víctimas de la opresión patriarcal –la mujer, los niños, los homosexuales, las personas de color– en un estado permanente de sometimiento.

Desde el punto de vista de Ortega, que muchos compartían en su época, el valor de las élites culturales estribaba en su voluntad de responsabilizarse de las estrictas normas sin las que la civilización es imposible. Vivían al servicio de exigentes ideales. “La nobleza se define por las exigencias que plantea; por obligaciones, no por derechos”. El hombre de la masa, por el contrario, no necesitaba obligaciones, no entendía lo que éstas suponían ni tenía “sensibili-

dad para los grandes deberes históricos". Lo que hacía era defender los "derechos del vulgo". Resentido y satisfecho de sí mismo a la vez, rechazaba "todo lo excelente, individual, competente y selecto". Era "incapaz de someterse a dirección alguna". Careciendo de toda comprensión de la fragilidad de la civilización o del carácter trágico de la historia, vivía irreflexivamente con la "seguridad de que mañana [el mundo] será aún más rico, más amplio, más perfecto, como si disfrutase de un poder espontáneo e inagotable de crecimiento". Sólo le preocupaba su propio bienestar y se prometía un futuro de "posibilidades ilimitadas" y "completa libertad". Entre sus múltiples defectos se encontraba una "carencia de romanticismo en sus relaciones con las mujeres". El amor erótico, un ideal exigente por sí mismo, no le resultaba atractivo. Su actitud respecto al cuerpo era estrictamente práctica: hacía de la forma física una religión, y se sometía a regímenes higiénicos que prometían mantenerle en buen estado y aumentar su longevidad. Sin embargo, lo que caracterizaba ante todo a la mente de la masa tal como Ortega la describía era un "odio mortal contra todo lo que no es ella misma". El hombre de la masa, incapaz de asombro y de respeto, era el "niño malcriado de la historia de la humanidad".

Me permito señalar que todos estos hábitos mentales son ahora más característicos de los niveles superiores de la sociedad que de los niveles inferiores o intermedios. Actualmente apenas puede decirse que la gente corriente se prometa un mundo de "posibilidades ilimitadas". Hace tiempo que se ha esfumado la sensación de que las masas son las que dirigen la marcha de la historia. Los movimientos radicales que perturbaron la paz del siglo XX han fracasado uno tras otro, y en el horizonte no han aparecido sucesores. La clase obrera industrial, en otro tiempo sostén principal del movimiento socialista, se ha convertido en un lastimoso vestigio de sí misma. La esperanza de que los "nuevos movimientos sociales" ocuparan su puesto en la lucha contra el capitalismo, que sostuvo brevemente a la izquierda a finales de los años setenta y principios de los ochenta, se ha quedado en nada. No sólo es que los nuevos movimiento sociales –feminismo, derechos de los homosexuales, derechos de bienestar, agitación contra la discriminación racial– no tengan nada en común entre sí; además, su única exigencia coherente aspira a la inclusión en las estructuras dominantes más que a una transformación revolucionaria de las relaciones sociales.

Las masas no sólo han perdido todo interés en la revolución; se puede demostrar que sus instintos políticos son más conservadores que los de sus autoproclamados portavoces y supuestos liberadores. Después de todo, son las clases obrera y media-baja las que favorecen la limitación del aborto, se aferran a la familia con dos padres como fuente de estabilidad en un mundo turbulen-

to, se resisten a experimentar con “estilos de vida alternativos” y tienen reservas sobre la acción afirmativa y otras empresas de ingeniería social a gran escala. Ciñéndonos más al planteamiento de Ortega, estas clases tienen más desarrollado que sus superiores el sentido de los límites. Al contrario que sus superiores, entienden que el control humano del curso del desarrollo social tiene límites intrínsecos, igual que sucede con el control de la naturaleza y el cuerpo, de los elementos trágicos de la vida humana y de su historia. Mientras los jóvenes profesionales se someten a un arduo programa de ejercicio físico y control dietético destinado a mantener a raya la muerte –a mantenerse en un estado de juventud permanente, eternamente atractiva y casadera–, la gente corriente, por el contrario, acepta la decadencia del cuerpo como algo contra lo cual es más o menos inútil luchar.

Los liberales de clase media-alta, incapaces de comprender la importancia de las diferencias de clase en la configuración de las actitudes ante la vida, no se percatan de la dimensión de clase de su obsesión por la salud y la edificación moral. Les cuesta entender por qué su concepción higiénica de la vida no suscita un entusiasmo universal. Han puesto en marcha una cruzada para volver más sana la sociedad americana: para crear un “ambiente sin humo” y, simultánea e incoherentemente, ampliar el campo de elección personal en asuntos en que la mayoría de la gente siente la necesidad de sólidas pautas morales. Cuando encuentran resistencia frente a estas iniciativas, muestran el odio venenoso que se esconde tras la cara sonriente de la benevolencia de la clase media-alta. La oposición hace que los humanitarios olviden las virtudes liberales que dicen defender. Se vuelven petulantes, pagados de sí, intolerantes. En el calor de la discusión, les es imposible ocultar su desprecio por los que se niegan testarudamente a ver la luz; por los que “sencillamente no se enteran”, según la jerga autosatisfecha de la rectitud política.

A la vez arrogantes e inseguras, las nuevas clases, especialmente las clases profesionales, consideran a las masas con una mezcla de desdén y aprensión. En los Estados Unidos, la “América media” –término con implicaciones tanto geográficas como sociales– ha llegado a simbolizar todo lo que obstaculiza el camino del progreso: los “valores familiares”, el patriotismo irreflexivo, el fundamentalismo religioso, el racismo, la homofobia, la concepción retrógrada de la mujer... Para los creadores de opinión ilustrada, los americanos medios son irremediabilmente desharrapados, anticuados, provincianos, están mal informados sobre los cambios de los gustos y las tendencias intelectuales, son adictos a pésimas novelas de amor y aventuras y están atontados por una prologada exposición a la televisión. Son a la vez absurdos y vagamente amenazadores, no porque quieran derrumbar el antiguo orden sino precisamente porque lo defienden de un modo aparentemente tan irracional que, cuando la intensidad

de su defensa se acentúa, desembocan en el fanatismo religioso, en una sexualidad represiva que ocasionalmente explota como violencia contra las mujeres y los homosexuales y como un patriotismo que sostiene las guerras imperialistas y una ética nacional de masculinidad agresiva. (...)

Fragmento del capítulo "La rebelión de las élites",
La rebelión de las élites y la traición a la democracia.
Barcelona, Paidós, 1996.